

## CAPÍTULO V.

### La Iglesia griega.

Después de la toma de Constantinopla, que tantos sacrificios había hecho la Iglesia católica por salvar, la libertad de la Iglesia griega fué limitada y oprimida con mucha frecuencia. Así es que bajo Selim I (desde 1512), se habían visto obligados los griegos á ceder á los turcos sus iglesias de piedra, y construirselas ellos de madera; reservándose además el Sultan la eleccion de los patriarcas. El patriarca elegido, despues de ser propuesto por los doce arzobispos más inmediatos á Constantinopla, reunidos bajo la presidencia de un griego al servicio del sultan, debía ser conducido al serallo, durante una sesion del Divan, recibir un vestido de honor de seda blanca, bordado de oro, un caballo blanco y un baston adornado con una bola de marfil, con insignias de su cargo, y comprar, en fin, á gran precio la carta de aprobacion del sultan (*berat ó barath*). Dificilmente podia conservarse en su silla el patriarca de Constantinopla, pues unas veces se veia obligado á resignar voluntariamente su cargo, otras se le desterraba, y otras se le degradaba ó ahorcaba. Motivos políticos hicieron respetar, en cuanto fué posible, la forma exterior de la antigua Iglesia griega. Al lado del patriarcado de Constantinopla continuaban como siempre el de Alejandria en el Cairo, el de

Antioquia en Damasco, y el de Jerusalem. El patriarca de Constantinopla, como jefe de toda la Iglesia ortodoxa ó de los Melquitas, segun la denominacion que les daban sus adversarios, se intitulaba patriarca universal. Era igualmente instituido por el sultan, que le entregaba la patente de aprobacion, la cruz patriarcal, el sombrero morado, etc. Los arzobispos y metropolitanos eran elegidos por el patriarca de Jerusalem y su sínodo, y confirmados por la Puerta; y los arzobispos elegian á los obispos. Los monjes vivian todos conforme á la regla de San Basilio.

Parecia imposible que apoyándose en diferentes bases de las Iglesias griega y luterana, pudiese tratarse al principio de union entre ellas. Hiciéronse, sin embargo, diferentes tentativas para conseguirlo, primero por el patriarca de Constantinopla Josafat II (1555-65), que envió á Wittenberg el diácono Demetrio Mysio para que se instruyese allí en la misma fuente del protestantismo. Melancton le envió una traduccion griega de la confesion de Augsburgo por Dolscio, y una carta llena de prevenciones para el patriarca, en la que le manifestaba ante todo su júbilo «porque Dios hubiese conservado su Iglesia en Oriente, en medio de los más crueles enemigos del cris-



»tianismo,» y asegurándole «que los protestantes habían permanecido fieles á la Santa Escritura, á las definiciones dogmáticas de los santos concilios, á la doctrina de los Padres de la Iglesia griega, Atanasio, Basilio, Gregorio, etc., que detestaban y rechazaban los errores escandalosos de Pablo de Samosata, de los maniqueos, y de todos los herejes condenados por la santa Iglesia, así como rechazaban todas las supersticiones y el culto idólatrico, inventados por la ignorancia de los frailes latinos; y que, por lo tanto, el patriarca no debía dar crédito alguno á los rumores injuriosos que habían circulado con respecto á los protestantes.» El previsor patriarca, no dejándose engañar por estas inocentes protestas, se abstuvo de contestar á ellas.

Algun tiempo despues, los teólogos de Tubinga, Jacobo Andrea y Crusio, entraron en correspondencia con el patriarca Jeremias II, (1574-81), usando de la misma doblez que Melancton. Pero el patriarca, en su respuesta, se pronunció fuertemente contra diversos temas protestantes, á saber: que la fe justifica por sí sola; que no hay más que dos sacramentos; que no es preciso invocar á los santos; que deben desecharse las instituciones monásticas, así como contra el dogma católico que hace proceder al Espíritu Santo del Padre y del Hijo. Los teólogos replicaron, recibiendo por contestacion del patriarca la súplica de que le ahorrasen en lo sucesivo la molestia de su correspondencia teológica. Las notabilidades de Wurtemberg continuaron haciendo ensayos para unir las dos Iglesias; pero por esta vez guardó completo silencio el patriarca. Por fin, la última tentativa del infatigable Crusio, que tradujo en griego cuatro tomos en fólío de sermones luteranos, para el uso del clero de Oriente, fué tambien completamente inútil, y el sínodo griego de Jerusalem se expresaba todavía en 1672 con indignacion contra la impertinente manía de los teólogos luteranos de Tubinga.

Las tentativas hechas por los reformados para unirse con la Iglesia griega debían llegar á ser todavía mucho más extraordinarias. El primer negociador entre las dos comuniones fué un tal Cirilo Lucaris, de la isla de Candia, que

despues de haber estudiado en Padua, pasó á Ginebra, y á su regreso trabó íntima amistad con uno de los más ardientes adversarios de la Iglesia romana, el patriarca de Alejandria, Melecio Pega, que lo había ordenado de sacerdote. Colocado despues al frente de la escuela de Wilna, se opuso con todas sus fuerzas á las tentativas que se hicieron entonces para atraer á la Iglesia romana á los obispos ruso-polacos del rito griego. La intriga lo elevó despues de la muerte de Melecio á la silla patriarcal de Alejandria (1602). Inmediatamente se puso en relacion con el enviado de Holanda en Constantinopla, Cornelio Van Hagen, celoso calvinista, para calvinizar la iglesia griega, siendo activamente secundado por los agentes diplomáticos de Suecia y de Inglaterra, y entablado correspondencia con el célebre predicante holandés Juan Uytenbogaert, y con el arzobispo de Cantorbery, Jorge Abbot. Le envió tambien un joven griego llamado Metrofanos Kritópolos, para que estudiase la teología protestante en Inglaterra y recorriese despues la Alemania. Por fin, Cirilo, despues de muchas intrigas infructuosas, consiguió sus deseos y fué trasladado á la silla patriarcal de Constantinopla (1621). El penúltimo arzobispo de esta ciudad, Neófito II, había favorecido, segun se decia, desde principios del siglo XVII, la reunion de la Iglesia de Oriente con Roma, trabajando en ello con mucha actividad los misioneros jesuitas residentes en Constantinopla. Habiendo manifestado Cirilo más abiertamente sus opiniones calvinistas, fué desterrado á la isla de Rodas. Pero siempre activo, nunca desanimado, supo obtener su llamamiento á fuerza de dinero, y continuó empleando este poderoso medio para conseguir sus fines. Estableció primeramente en Constantinopla una imprenta (1627), que debía servir para la ejecucion de sus planes, llegando á fuerza de perfidia y con la ayuda de sus amigos, á desembarazarse de la molesta presencia de los jesuitas. Los ginebrinos le enviaron, por otra parte, al predicador reformado Antonio Léger (1628), que por espacio de ocho años desplegó con poco éxito un gran celo para calvinizar á los griegos. En 1629 redactó Cirilo en latin una confesion de fe (Con-





*fessio fidei*), que tradujo luego en griego y extendió entre el público (1631), á pesar de ser enteramente calvinista. De aquí se originaron nuevas persecuciones contra Cirilo y otro destierro (1634), de que le sacaron nuevamente su habilidad y sus intrigas, pues en 1637 fué replegado sin renunciar á la *santa* doctrina de Calvino.

Esta vez, sin embargo, no encontró ya límites la irritación del pueblo y del clero contra un hombre que trataba de sustituir pérfidamente sus doctrinas privadas á la creencia comun, y destruir la antigua reputación de ortodoxia de la Iglesia griega. Un sínodo de Constantinopla consideró como hereje al patriarca, quien habiéndose hecho por otra parte sospechoso al Gran Señor de haber querido favorecer una invasión de cosacos pertenecientes á la Iglesia griega, fué decapitado y arrojado al mar. El concilio de Constantinopla, reunido poco despues (Setiembre de 1628), condenó la confesion de fe de Cirilo y lo excomulgó. Entre los jueces de Cirilo se hallaba Metrofanes, entónces patriarca de Alejandria, á quien Cirilo habia enviado á Inglaterra. Sin embargo, las semillas de desórden extendidas por Cirilo continuaron propagándose, siendo preciso que sucesores y muchos sínodos, de los cuales el más importante fué el de Dositeo, patriarca de Jerusalem en 1672, condenasen repetidas veces la herejía calvinista de Cirilo. Pedro Mogila, arzobispo de Kiev, redactó é hizo firmar á todos los prelados griegos una confesion de fe, para impedir en lo sucesivo toda tentativa de union con los reformados. Esta confesion, que establece de una manera muy neta la base inmutable de la Iglesia griega y de la latina, es más práctica que especulativa, diferenciándose por esto mismo de todas las fórmulas de fe anteriores, tan sutiles y tan ambiguas, y resumiendo toda la doctrina en las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad.

A pesar de la frialdad en que habian quedado las dos Iglesias, griega y latina, despues de tantos ensayos de union infructuosos, se trató nuevamente de reconciliarlas en el momento en que cierto número de griegos pasó á la Iglesia latina, y en que Gregorio XII fundó

un colegio para la instruccion de los jóvenes griegos, que despues de su regreso á su patria debian trabajar en la conversion de sus compatriotas. Distinguióse entre ellos Leon Allacio por un celo que, como el de otros muchos, no dió ningun resultado. La separacion de las dos Iglesias es más profunda de lo que parece, y depende de la diferente manera en que se ha formado y extendido cada una de ellas.

La Iglesia rusa, hija de la griega, era, como su madre, hostil á la católica; pero al mismo tiempo su situación política, sus intereses, contrarios á los del imperio griego y más adelante á los del turco, impulsaron muy pronto á la Rusia á crearse una Iglesia independiente de Constantinopla. Así desde 1448, Jonás, nombrado por el gran príncipe, fué reconocido, por todos los obispos reunidos en Moscou, metropolitano de Rusia. La Iglesia de Rusia si bien permaneció algun tiempo bajo la dependencia de la de Constantinopla, habia adelantado mucho para su emancipacion, la cual debia apresurarse por otra parte con la toma de Constantinopla por los turcos en 1453. Pero á medida que se aflojaban los vínculos que la unian con el patriarca de Constantinopla, aumentaba la influencia y autoridad del gran príncipe. Así es que en el siglo XVI, el czar Iwanowicz trató de hacer á la Iglesia rusa completamente independiente, revistiendo á uno de sus obispos de la dignidad patriarcal; cosa que obtuvo al instante de Jeremías II, patriarca de Constantinopla, que tenia necesidad de dinero, y que habiendo ido á Rusia en 1588, consintió en un sínodo, que Job de Rostow fuese instituido patriarca de Moscou y que toda la Iglesia rusa fuese administrada por cuatro metropolitanos, seis arzobispos y ocho obispos (1589).

Esta organizacion fué confirmada tambien por los patriarcas de Alejandria y Jerusalem, por sesenta y cinco arzobispos metropolitanos y once arzobispos griegos. Sin embargo, los patriarcas moscovitas continuaron pidiendo á Constantinopla la confirmacion de sus cargos hasta 1657. Por fin, en 1660, el enviado ruso en Constantinopla obtuvo del patriarca Dionisio II y de los demas patriarcas griegos la autorizacion auténtica para la Iglesia rusa de hacer elegir



el patriarca por el clero ruso, sin necesidad de recurrir á los patriarcas griegos para obtener la confirmacion del elegido. La posición é influjo de los patriarcas de Moscou se hicieron desde entónces mucho más importantes para la Rusia, bajo el aspecto político. Aumentóse naturalmente su consideracion, llegando á su apogeo al fin del siglo XVII, y á excitar las inquietudes y envidia de Pedro el Grande.

No dejaron de hacerse, á pesar de esto, algunas tentativas para la union de las Iglesias de Rusia y de Roma. Leon X, Clemente VII y Gregorio XIII pensaron seriamente en ello. El czar Iwan IV, Wassiliewicz (1553-84), habiendo sido derrotado por los polacos, pidió socorro al emperador, reclamó la intervencion del papa, y alegó, para obtenerla, el deseo de una reconciliacion con la Iglesia romana (1581). Gregorio XIII, queriendo aprovechar la ocasion, envió á Rusia al hábil y célebre jesuita Antonio Posevino, y se celebró una conferencia á la cual asistió el mismo emperador. Pero toda quedó en proyecto cuando éste vió que la paz se habia concluido de una manera desventajoso para la Rusia. Las provincias de la Lituania, que pasaron á los polacos, fueron más felices. La metrópoli de Kiev, siempre maltratada por los patriarcas de Moscou, no debia hallarse muy deseosa de permanecer bajo su dependencia. Habiendo sido ultrajado Rahosa, metropolitano de Kiev, por los patriarcas Jeremías y Job invitó á los obispos de su metrópoli á unirse con Roma en un concilio celebrado en Brezce, donde, en efecto, se proyectó la union (2 de Diciembre de 1593). A consecuencia de otro concilio se envió una diputacion á Roma, celebrándose la union segun las bases del concilio de Florencia, y con todas las consideraciones posibles á los usos de la Iglesia reconciliada. Clemente VIII anunció este feliz suceso, que celebró todo el orbe católico, en su bula *Magnus Dominus et laudabilis*; confirmando al metropolitano de entónces la posesion de sus derechos de jurisdiccion, á saber, la eleccion y las confirmaciones de los obispos de sus diócesis (23 de Febrero de 1596), con condicion de que el mismo metropolitano pediria su confirmacion por medio del nuncio de Polonia á

Roma. Esta union se consolidó bajo el metropolitano Jos. Velamin Rudski (1613-35), concediendo Paulo V al metropolitano el privilegio de enviar cuatro jóvenes al colegio griego de Roma (1615).

Las sectas que de resultas de las controversias nestoriana y monofisita se habian separado de la Iglesia de Oriente, arrastraban una existencia miserable. Las comunidades de los monofisitas, llamados comunmente jacobitas, se extendieron en gran número por la Siria, Mesopotamia y la Babilonia. Estuvieron y están hoy todavia sometidas á un patriarca particular, al cual se hallan subordinados un primado y muchos arzobispos y obispos. Todavía hay jacobitas en Egipto, donde se les llama coptos, y dependen del patriarca de Constantinopla: tambien los hay en la Abisinia y en la Armenia.

La Iglesia católica hizo tambien, en distintas ocasiones, esfuerzos para atraerse estos hijos extraviados; pero no lo consiguió sino con los abisinios, cuando el apoyo que obtuvieron de los portugueses contra los mahometanos (1525), hubo producido la primera aproximacion. El celo del P. Bermudez y de los jesuitas consiguió hacer renunciar á la dependencia del patriarca copto de Alejandria al emperador Seltam Seghed (desde 1607), que abrazó solemnemente el catolicismo con su cuñado y los grandes de su corte (1626). Reconoció como patriarca al jesuita Alfonso Mendez y al pontífice de Roma como jefe de toda la Iglesia. Pero los monjes y los ermitaños sublevaron el pueblo contra el rito romano, y el patriarca y los misioneros se vieron obligados á abandonar el país bajo el sucesor del emperador, Seghed Baslides (desde 1632), quedando severamente prohibida toda relacion con la Iglesia romana (1634).

Los maronitas del Libano, que desde el siglo XII se fueron acercando á la Iglesia de Roma, se unieron completamente á ella en la segunda mitad del siglo XVI, cuando se les concedió un patriarca, el uso de su lengua para el oficio divino, el matrimonio de los sacerdotes, el cáliz y algunos otros usos. El colegio de los maronitas de Roma (desde 1584) ha cultivado siempre con celo y en un humilde





silencio la lengua siríaca y las ciencias del Occidente. En 1736, un concilio nacional de maronitas adoptó en presencia de un legado del papa, como prueba de su union con la Iglesia latina, los decretos del concilio de Trento.

Los nestorianos ó caldeos, llamados cristianos de Santo Tomás, en las Indias orientales, están sometidos á dos patriarcas, uno de los

cuales reside en un convento cerca de Mosul, en la Mesopotamia, y el otro en Ormia, en Persia. En otro tiempo tenían iglesias en la Tartaria, en las Indias y hasta en la China. Los papas Pío IV y Paulo V trataron de unirlos al centro comun del catolicismo. De aquí resultó una division entre los nestorianos, de los cuales solo volvió al gremio de la Iglesia la parte sometida al patriarca de Ormia.

### CAPÍTULO VI.

#### Reinado del emperador Cárlos V.

Cárlos V nació en Gante en 24 de Febrero del año de 1500. Felipe el Hermoso, su padre, archiduque de Austria, era hijo del emperador Maximiliano y de María, hija única de Cárlos el Atrevido, último príncipe de la casa de Borgoña. Juana, su madre, era hija de Fernando, rey de Aragon, y de Isabel, reina de Castilla.

Por una larga cadena de acontecimientos felices, éste jóven príncipe, dice Robertson, se encontró heredero de Estados más vastos que ningun monarca de Europa no habia poseído aún desde Carlo-Magno. Sus antepasados habian adquirido reinos y provincias, con derechos de sucesion muy remotos. Los ricos bienes de María de Borgoña no parecian destinados á pasar un dia á la casa de Austria; porque esta princesa habia sido prometida al principio por su padre al hijo único de Luis XI, rey de Francia; mas éste rey extravagante, escuchando únicamente su odio á la casa de Borgoña, gustó más arrancar á María por la fuerza una parte de sus dominios, que asegurárselos por entero con un matrimonio. Esta falta se convirtió en funesta á la posteridad de Luis, haciendo recaer en manos de un rival los Países-Bajos y el Franco-Condado.

Isabel, hija de Juan II de Castilla, léjos de tener la perspectiva de la herencia considera-

ble que debia dejar á su nieto, pasó los primeros años de su vida en la indigencia y oscuridad; pero los castellanos, irritados contra su hermano Enrique IV, príncipe flojo y malo, pretendieron que era impotente, y acusaron á su mujer de adulterio; en la muerte de este príncipe, Juana, á quien él habia insistido hasta sus últimos momentos en reconocer por su hija legítima, y á quien una junta de las Córtes habia declarado heredera del trono, se vió excluida de él por los castellanos, que la obligaron á retirarse á Portugal, y pusieron el cetro en manos de Isabel.

Fernando debió la corona de Aragon al fallecimiento inopinado de su hermano mayor, y se hizo dueño de los reinos de Nápoles y de Sicilia, violando la fe de los tratados y todos los derechos de la sangre. Cristóbal Colon, por un esfuerzo de valor y de ingenio, el más audaz y dichoso cuya memoria hayan conservado los anales del linaje humano, añadió á todos estos reinos un nuevo mundo, cuyas riquezas fueron una de las principales fuentes del poderío y de la grandeza de los reyes de España.

Fernando é Isabel, habiendo visto á D. Juan, su hijo único, y á la reina de Portugal, su hija primogénita, perecer en la flor de la edad, con-